

“La supremacía del Uruguay” (1933) de E. B. White

Introducción

Virginia Frade

(Consejo de Formación en Educación -
Universidad de la República, Uruguay)¹

El 25 de Noviembre de 1933 la reconocida revista *The New Yorker* publica un breve cuento titulado “The Supremacy of Uruguay” (La supremacía del Uruguay), firmado por E. B. W., iniciales que corresponden al escritor Elwyn Brooks White, quien fuera ensayista, articulista y colaborador de la revista desde el año 1925 y durante aproximadamente seis décadas.

“The Supremacy of Uruguay” no ocupaba más que una página y media de la revista y estaba acompañado por una pequeña ilustración de Perry Barlow (dibujante que trabajó en la revista desde 1926 hasta 1974, y publicó 1,574 ilustraciones en el interior de la revista e ilustró 135 tapas).² En la ilustración se pueden ver tres jugadores de fútbol americano que caminan de espaldas al lector, en una especie de marcha sonámbula, que, a nuestro entender, representa e ilustra el efecto hipnótico y *estupidizante* que tiene sobre los hombres la máquina inventada por un uruguayo (Martín Casablanca), invento que es central en el cuento, y que es vendido al gobierno uruguayo para, a través de él, diseminar palabras de amor por el mundo y así conquistarlo. El tema central del cuento es, justamente, cómo Uruguay logra conquistar y dominar el mundo.

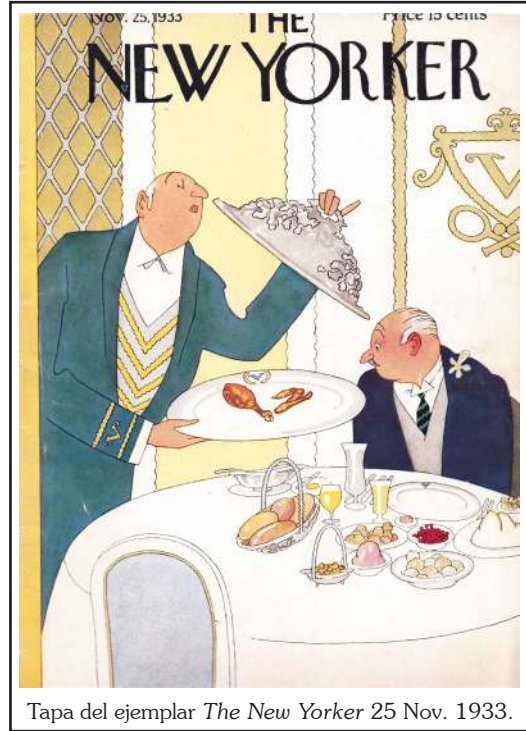
Si bien E. B. White fue un destacado ensayista, y autor de unos veinte libros de prosa y poesía, se lo recuerda, especialmente, por sus producciones literarias para niños, entre las cuales se encuentran tres clásicos de la literatura infantil norteamericana: *Stuart Little* (1945), *La telaraña de Charlotte* (1952), por la cual recibió el premio John Newbery en 1953, y *The Trumpet of the Swan* (1970), libro al que, en 1973, se le otorgó

1. Ver Currículum vitae abreviado en nota al pie del artículo “«The Supremacy of Uruguay» (1933), inverosimilitud y humor en un cuento de Ciencia Ficción de E. B. White” en la sección “Territorios Usurpados”.

2. Información extraída de la página web de *The New Yorker*: www.thenewyorker.com

el Premio Sequoyah de Oklahoma y el Premio William Allen White de Kansas. Las tres historias fueron, posteriormente, llevadas al cine.

Entre su producción literaria llama la atención la publicación de “The Supremacy of Uruguay”, considerado como un cuento de Ciencia ficción, ya que fue el único texto vinculado con esta categoría literaria escrita por el autor. En el año 1939, White lo incluye en su colección de relatos breves *Quo Vadimus? Or the case of the Bicycle*; años más tarde, en 1952, Ray Bradbury lo selecciona para que forme parte de una antología de relatos escritos por autores que no se dedicaban a la Ciencia ficción, pero que sus creaciones se destacaban por su calidad y creatividad. Entre los autores que Bradbury incluyó en su antología *Timless Stories for Today and Tomorrow*, se encuentran escritores como Roald Dahl, Shirley Jackson o John Cheever.



Tapa del ejemplar *The New Yorker* 25 Nov. 1933.

En 1971, John Stadler edita una colección de cuentos que, según él, no reúne historias de Ciencia ficción (aunque incluye algunas), sino que, a través de la selección de historias realizada, busca la reflexión en el lector acerca de su relación con el medio

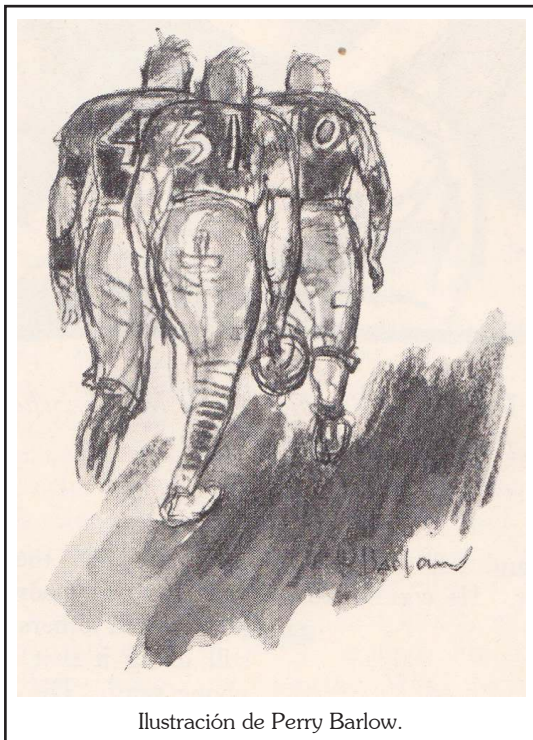


Ilustración de Perry Barlow.

ambiente y cómo el hombre interfiere en este, con consecuencias, muchas veces, desastrosas. Stadler recoge el cuento de White y lo incluye, junto con escritores destacados como R. Bradbury, J. Steinbeck, K. Vonnegut Jr, I. Assimov o J. G. Ballard, en su antología: *Eco Fiction, A Brilliant Collection of Short Stories that Reveals Man's Position in the Environmental Crisis*.

En el año 2008, Oliver Sacks, neurólogo y escritor británico (casualmente nacido el mismo año de la publicación del cuento), publica un libro intitolado *Musicofilia: relatos de la música y el cerebro*, donde hace una brevísima referencia al cuento de White a propósito

del mecanismo del invento que (en el cuento) utiliza Uruguay para conquistar el mundo y el efecto hipnótico que la música o determinados sonidos tienen sobre el ser humano.

En Uruguay el cuento no ha circulado mayormente; de hecho, no hemos encontrado ninguna publicación en español de los libros que mencionáramos anteriormente donde se incluye el cuento de White. “The Supremacy of Uruguay” ha tímidamente circulado por algunos portales o blogs uruguayos así como también en un par de presentaciones o *performances* acerca del cuento. En setiembre de 2004 en El rugido del ratón, Montevideo Portal, Martín Otheguy publica una reseña sobre el cuento y una traducción del mismo; en julio de 2007, en el portal Armandobronca.com aparece una traducción mecánica del cuento, realizada con el programa Easy Translator 4, traducción de muy mala calidad que hace que la lectura del cuento sea prácticamente (como dice el responsable del sitio) “ilegible”, o incomprensible.

En la tercera edición del evento Pecha Kucha Night, iniciativa de Metroveinte, que se lleva adelante en Uruguay desde el año 2009, y donde los participantes disponen de 6.40 minutos para hacer sus presentaciones a través de 20 imágenes de 20 segundos de duración cada una, Gabriel Galli y Brian MacKern presentaron una suerte de corto basado en el cuento de E. B. White, donde, de algún modo ironizaban sobre el contenido del mismo.

Asimismo, en el año 2013, Fabián Barros y Hernán González realizaron un homenaje por los 80 años de la publicación del cuento de White, el cual se llevó a cabo en el Laboratorio de Lenguajes Transversales (labLT- Montevideo) a través de una *performance* sonora-digital que se intituló “Sesiones Orientales”.

En el año 2014, la autora de esta breve nota y de la traducción que la acompaña, presentó un trabajo académico en las Segundas Jornadas Internacionales de Ciencia Ficción, organizadas por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, llevadas a cabo en la Ciudad de Buenos Aires (Argentina), y en el año 2015 presentó un segundo trabajo académico en el II Seminario Internacional de Literatura Fantástica que tuvo lugar en el Instituto de Profesores Artigas (Uruguay); ambos trabajos constituyen gran parte del artículo publicado en la sección “Territorios Usurpados” de este primer número de *Tenso Diagonal*.

La supremacía del Uruguay

E. B. White

Quince años después de que la paz en Versalles se hubo establecido, Uruguay tomaba posesión de un fino secreto militar. Este era un invento, muy simple de hecho, tan barato en su construcción, que no cabía la menor duda de que le permitiría a Uruguay dominar a alguna o a todas las demás naciones de la Tierra. Naturalmente los dos o tres hombres de estado que sabían sobre esto tuvieron visiones de grandeza; y aunque no había nada en la historia que indicara que un país grande fuera en alguna medida más feliz que uno pequeño, estaban muy ansiosos por ponerlo en marcha.

El inventor del dispositivo era un recepcionista de un hotel de Montevideo llamado Martín Casablanca. Él había tenido la idea en cuestión durante la campaña de la alcaldía de 1933 en la ciudad de Nueva York, en donde se encontraba asistiendo a una convención para hoteleros. Una tarde de noviembre, poco antes de la elección, se encontraba deambulando por el distrito de Broadway cuando se topó con una manifestación en la calle. Una plataforma había sido erigida en la marquesina de uno de los teatros, y en un intervalo entre los discursos un joven distante que vestía un sobretodo cantaba frente a un micrófono. “Gracias”, cantaba suavemente, “por todas las adorables delicias que he encontrado en vuestro abrazo...”. La inflexión de las palabras de amor era la de una voz que murmura, pero el volumen del sonido amplificado era enorme; se prolongaba por cuerdas, en lo profundo de las filas del electorado. El uruguayo hizo una pausa. No le era desconocida la delicia de un adorable abrazo, pero según él este había tenido un tono más grave, concentrado. Este sonido público, en expansión, tuvo un curioso efecto en él. “Y gracias por las noches inolvidables que nunca podré reemplazar...”. El público se balanceaba contra él. En medio de la tan iluminada esquina donde se encontraba una aglomeración de cuerpos, el sonido dominante y minucioso del cantante melódico lo golpeó fuerte y por unos segundos, como más tarde se daría cuenta, lo entonteció. Las caras, las máscaras, el aire frío, las luces de los anuncios publicitarios, el ascendente vapor de la gigantesca taza de café de A & P sobre la Calle 47, todo esto agregaba a su encantamiento y su desequilibrio. De todos modos, al marcharse y alejarse de Times Square y de los fuertes sonidos viscosos de ese adorable abrazo, este era el pensamiento que rondaba su cabeza: *Si me trastornó el oír un canturreo tan suave apenas amplificado, ¿qué no me podría hacer escuchar un sonido mucho más fuerte y mucho más amplificado?*

El Sr. Casablanca se detuvo. “¡Por Dios!”, se susurró a sí mismo; y su propio susurro lo atemorizó, como si este también hubiera sido amplificado.

Abandonó la convención y partió hacia Uruguay a la tarde siguiente. Diez meses más tarde había perfeccionado y entregado a su gobierno una máquina de guerra única en la historia: un avión radio-controlado el cual cargaba un fonógrafo eléctrico con una bocina aerodinámica retráctil. Casablanca había encontrado al tenor más potente del Uruguay y había grabado la estrofa que había oído en Times Square. “Gracias”, gritaba el tenor, “por las noches inolvidables que nunca podré reemplazar...”. Casablanca se encargó de aumentarlo ciento cincuenta mil veces, y manipuló la grabación de tal manera que repitiera la frase eternamente. Su teoría era que un escuadrón de aviones sin piloto, esparciendo estos insoportables sonidos sobre territorios extranjeros inmediatamente reduciría a la población a la locura. Luego, Uruguay, sin prisa, podría enviar su armada, dominar a los idiotizados y anexionar las tierras. El futuro se veía más que interesante.

En estos momentos, el mundo estaba siendo arrastrado a una fase nacionalista. Los increíbles cánceres de la Guerra Mundial habían sido olvidados, los armamentos estaban siendo reconstruidos, el odio y el miedo se asentaban en cada ciudadela. El Convenio de Ginebra había sido prolongado, por el simple hecho de cambiar el centro del desarme a una ciudad amurallada en una isla neutral y acuartelar a los delegados que aguardaban en los destructores de sus respectivos países. El Congreso de los Estados Unidos se había apropiado de otros cien millones de dólares para su programa naval; Alemania había expulsado a los judíos y refundido el acero de sus cascos en un molde mejor; el mundo volvía a vivir el prólogo de 1914. Uruguay aguardó hasta que creyó que el momento era conveniente, y luego atacó. A la noche se apresuraron veloces y fulgurantes aeroplanos sobre los inactivos hemisferios, y así cayó sobre todo el planeta, exceptuando a Uruguay, un sonido que jamás había sido oído ni en la tierra ni en el mar.

El efecto fue tal cual Casablanca lo había predicho. En cuarenta y ocho horas los pueblos estaban completamente locos, destrozados por un ruido imposible de erradicar, sus oídos deshechos, sus mentes inestables. Ningún tipo de defensa había sido posible, ya que en el momento en que alguien quedaba expuesto al sonido perdía su cordura y, al estar perdido, demostraba ser militarmente inútil. Luego de que los aviones se hubieron alejado, la vida continuó, en gran parte, como era antes, excepto por el hecho de que era más segura al haber desaparecido la cordura. Nadie podía oír nada, salvo el ruido en su propia cabeza. En el momento preciso en que la población había sido alcanzada por el ruido, habían habido, por supuesto, algunos incidentes bastante graciosos. Una señora de Filadelfia del Norte resultó estar hablando con su carnicero por teléfono. “Gracias”, ella simplemente le había dicho, “por aceptar ayer la devolución de ese filete en mal estado. Y gracias”, agregó mientras el avión sobrevolaba, “por inolvidables noches que nunca podré reemplazar”. Los operadores de la máquina de linotipo, que se encontraban en los talleres, cortaban las oraciones al medio, como aquel que se encontraba armando

una historia sobre un almirante en San Pedro: Estoy tremendamente agradecido a todas las damas de San Pedro por la maravillosa hospitalidad que demostraron con los hombres de la flota durante nuestras recientes maniobras, y gracias por inolvidables noches que nunca podré reemplazar y gracias por inolvidables noches que nun...

Aparentemente la conquista de la Tierra por parte de Uruguay estaba completa. Aún restaba, por supuesto, la ocupación formal por sus fuerzas armadas. Que sus tropas, estando en completa posesión de sus facultades, pudieran establecer su supremacía entre los idiotas, hecho que no se dudó ni por un instante. Se asumió que, al no haber nada más que locura por combatir, la ocupación sería levemente estimulante y disfrutable. Se supuso que sus locos enemigos harían algunas cosas bastante divertidas y pintorescas con sus buques de guerra y tanques, y luego se rendirían. Lo que no anticiparon fue que sus enemigos, estando idos, no tenían intención de hacer la guerra en absoluto. La ocupación resultó sin derramamiento de sangre y singularmente insignificante. Por ejemplo, un destacamento de sus tropas aterrizó en Nueva York y tomaron el edificio RKO, el cual se hallaba bastante vacío en ese entonces; y no fueron más llamativos en el pueblo que los Caballeros de Pitias. Uno de sus buques de guerra se dirigió hacia Inglaterra y el oficial a cargo se enfureció tanto cuando ningún barco hostil salió a enfrentarlo que envió un radio-mensaje (que por supuesto nadie en Inglaterra escuchó): “¡Salgan ya, ratas cobardes!”.

Fue la misma historia en todas partes. La supremacía de Uruguay nunca fue desafiada por sus tontos súbditos, y casi no fue advertida. Territorialmente su conquista fue magnífica; políticamente fue un fiasco. Los pueblos del mundo apenas si prestaron atención a los uruguayos, y los uruguayos, por su parte, se aburrían de muchos de sus dominados –en especial de los lituanos, a quienes no podían soportar. En todas partes la gente loca vivía felizmente como si fueran niños, en sus cabezas el viejo refrán: “Y gracias por las inolvidables noches...”. Billones vivían contentos en un paraíso de tontos. La Tierra era generosa y había paz y plenitud. Uruguay contemplaba sus vastos dominios y veía como todo el acontecimiento carecía de autenticidad.

No fue sino hasta años más tarde, cuando los descendientes de algunos de los primeros americanos idiotizados crecieron y recuperaron sus sentidos, que hubo en el mundo un retorno generalizado a la cordura; las fuerzas aéreas y terrestres restablecieron su poderío bélico, y se dio inicio a la lucha por la venganza que con el tiempo involucró a todas las razas de la Tierra, destrozó a Uruguay y destruyó a la humanidad sin dejar rastro alguno.

Traducción: *Virginia Frade.*